

Laboratorio de socioanálisis narrativo (Una crónica urgente)

José Luis Gallero

“La lengua late donde el diente duele”.
(PROVERBIO ITALIANO)

El encuentro tiene lugar en Azala, un espacio de creación interdisciplinar situado en un bellissimo enclave fronterizo entre el sur del País Vasco y el norte de Castilla. Coordinan el programa Renato Curcio y Nicola Valentino, con la inestimable colaboración de Dario Malventi y el resto de asistentes, un grupo de antropólogos, investigadores y activistas, algunos de los cuales han padecido largos períodos de privación de libertad o trabajado en instituciones penitenciarias y colectivos de apoyo a presos.

Fundadores de la cooperativa Sensibili alle foglie, Nicola y Renato recopilan desde 1990 —a través de *astilleros* (talleres, laboratorios, seminarios)— documentos surgidos en situaciones extremas, historias relativas a nuestro deterioro psicofísico. Al mismo tiempo, un Archivo de escrituras, inscripciones y arte irritado recoge expresiones nacidas en condiciones de exclusión social (cárceles, manicomios, geriátricos...). Todo empezó en 1984, con el encuentro de ambos en la cárcel de Palmi. Tras el naufragio de la militancia y de la lucha armada —y tras muchos años de aislamiento en régimen de máxima seguridad—, se preguntan: “¿Cómo es que aún estamos vivos en medio de estos dispositivos mortificantes?”. La respuesta —“No hablemos de política. Contémonos nuestros sueños”— desencadena un intercambio de narraciones oníricas que les liberará del miedo a sus propias pesadillas.

Sensibili alle foglie parte de una doble premisa. Uno: El recurso más importante de nuestra especie es la imaginación; en la esterilidad de las redes instituidas por la obsesión económica, la imaginación de la emancipación (propia y del otro) constituye un trabajo decisivo. Dos: Las verdaderas creaciones artísticas proceden de identidades ajenas al sistema de las Bellas Artes, identidades capaces de ampliar su campo de conciencia en un contexto mortificante.

Cada vez tenemos más información y menos experiencia, señalaba Benjamin. Solo el relato de nuestra experiencia nos permite conocerla. Narrar es intercambiar lo subjetivo (la experiencia) por medio de lo común (el lenguaje). Ese proceso choca a menudo con lo indecible, aquello que resulta imposible intercambiar, lo que hay de inenarrable en la experiencia misma. A su vez, la investigación se torna infinita, abriendo un proceso permanentemente aproximativo e inconcluso. Nunca se cierra, y menos aún si lo que se pretende es cambiar la sociedad.

Todos somos narradores de lo que está sucediendo. La experiencia es siempre social, pues siempre implica una transmisión de lo vivido. En ningún caso se trata de construir monumentos autobiográficos, sino de prestar atención desde abajo y desde dentro. Tampoco se trata de discutir o elaborar un discurso, sino de exponer una historia cuya narración se convierte en intervención urgente, en líneas de un mapa que permite seguir adelante. Cada historia da pie a otra, a lo largo de un proceso cuyo bien común —cuyo mal común— es la experiencia. Después de reflexionar sobre ella, se procede a la restitución social (en forma de libros o exposiciones, por ejemplo) de ese saber común que se resiste a ser expropiado.

Todo grupo que no sea dialéctico, deviene prisión. Disentir significa dialogar. Y cuando no hay posibilidad de disentir, sólo cabe obedecer. Se han producido más crímenes en nombre de la obediencia que de la desobediencia. Los grupos "fríos", preestablecidos, jerárquicos, aquellos que aspiran a perpetuarse —la escuela, la empresa...— recelan del conflicto y son obedientes a los mecanismos autoritarios. Los grupos "calientes", voluntarios, asamblearios, que nacen con la certeza de morir, viven a través del diálogo y extraen su riqueza del conflicto —un conflicto que nunca persigue el poder—, sin miedo a complicar las cosas y sin dejarse seducir por la autocomplacencia de la investigación.

Hay que actuar sin pretensiones en cuanto al resultado, pues nunca se termina nada. En el fondo de cada acción hay una palabra, y es preciso bucear hasta ella. Ese bucear hasta el fondo tiene que ver con la responsabilidad. Obedecer es dar la espalda a la responsabilidad. Desobedecer es más complicado. Múltiples mecanismos de presión —desde la universidad a la televisión— adiestran en la irresponsabilidad obediente. A medida que se reduce el campo de conciencia, crece el campo de concentración. Las "soluciones finales" degradan en primer lugar a quienes las aplican, transformando sus vidas en mera supervivencia.

En función de un doble diagnóstico —el de recluso y enfermo—, la institución penitenciaria parece convertirse cada día más en una nueva versión del manicomio. Se medica el sufrimiento sin cuestionar sus causas. A costa de la expropiación de derechos, la máquina capitalista siempre busca la producción de ganancia. Implanta un poder perenne, indiferente a cuanto no sea la obtención de privilegios. Sabemos desde hace tiempo que los manicomios e instituciones médicas generan enfermedad. Sería necesario eliminarlos para activar la terapia y posibilitar la cura. El ideal de salud del capitalismo es un modelo productor de sufrimiento. Un modelo —parafraseando a un recluso boliviano—, sobre el que "resbalas, resbalas y ya nunca te levantas".

A fin de gestionar ese modelo mortificante, se diseñan mecanismos de ocultación y mutilación, historias sustitutivas, disfraces verbales: "Con honor, por la defensa de la libertad" (inscripción en Guantánamo); "Aldeas de acogida y solidaridad" (eufemismo para los campos de confinamiento de población gitana en Italia); "Guerra preventiva" (a la hora de legitimar la invasión de un país). Se cambian los nombres, se adaptan las palabras, impidiendo de esa forma la creación de nuevos imaginarios. "La cárcel siempre ha existido y siempre existirá", oímos repetir.

El discurso sobre la prisión se inicia en el siglo XVIII en Francia. El punto de partida es un conflicto laboral: la huelga organizada por el gremio de relojeros en 1724. El nacimiento de la penitenciaría coincide con el del concepto de propiedad privada y con la aparición del mito de la seguridad. La primera cárcel moderna italiana se inaugura en la isla de Santo Stefano en 1790. En su umbral, se graba esta leyenda: "En tanto la santa justicia encadena a tantos *monstruos*, mantiene protegida tu casa". Un proceso inverso al de deshumanización o animalización del sujeto parece registrarse en el País Vasco. Las fotos de reclusos visibles en sus calles y bares recuerdan a la comunidad: "Estas personas no son monstruos. Son de los nuestros".

Ante la indiferencia general, los grupos de poder intensifican el control social, eligiendo a los más débiles (emigrantes, gitanos...) como chivos expiatorios, equiparando su condición a la de catástrofes naturales. La fabricación de miedos artificiales oculta los reales, aquellos que están relacionados con la propia incertidumbre de la naturaleza humana. Crece así un nuevo tipo de ignorancia basado en informaciones falsas y mitos sustitutivos. De ahí la urgencia de crear narraciones alternativas a las comunicadas por los dispositivos institucionales.

Cuando la teoría toca el suelo de la práctica, la dimensión ética de las palabras da lugar a un acontecimiento, cuya esencia no es solo moral, sino creativa: hacer justicia a la realidad, hacer justicia al universo. El relato colectivo se convierte en experiencia poética. Un relámpago ilumina el astillero. Por el solo hecho de vivir (de vivir en el seno del capitalismo), todos cumplimos una *pena capital* en condiciones de máxima seguridad. Se trata de impedir que esa pena nos robe la alegría.

Coda: No existen grupos virtuales. La virtualidad establece conexiones, no vínculos. Sin convivencia *sensible* resulta imposible compartir el sabor de un marmitako o... ¿cómo se llamaba aquel glorioso plato de pasta que cocinó Renato?... Volveremos a Azala. Quedaron en el aire algunos puntos. Por ejemplo: los estados de alteración de la conciencia como medio de resistencia.

Madrid, 2-8-11